



Santa Ana, la madre de María

El cuarto mandamiento nos recuerda que debemos honrar a nuestros padres. Sin embargo, ¡cuántas veces nos olvidamos de esto en medio del ajetreo de la vida cotidiana! Es fácil tomar los sacrificios de nuestros padres por sentado—de hecho, es posible que apenas nos demos cuenta del alcance de esos sacrificios hasta que tengamos nuestros propios hijos.

Y, sin embargo, al reflexionar sobre nuestros padres—nuestras madres, nuestros padres, tal vez incluso nuestros abuelos u otros tutores y mentores— ¿qué viene a la mente? ¿Se nos dieron las oportunidades para tener éxito, incluso si nuestros padres venían de orígenes humildes? ¿Nos proporcionaron con lo esencial de la vida, incluso cuando los

tiempos eran difíciles? ¿Nos enseñaron el bien del mal, incluso en momentos de dificultad?

Todas las familias se encuentran con desafíos. La tradición nos dice que Santa Ana, la madre de María y abuela de Jesús, tuvo problemas para concebir un hijo. Ella y su marido, Joachim, creían que estaban destinados a estar sin hijos. Así, se dedicaron a la intensa oración y el ayuno, con la esperanza de que Dios iba a intervenir. Y Dios respondió en formas que nunca podrían haber imaginado.

Un ángel visitó a Ana una noche con esta noticia: “El Señor ha escuchado tu oración: concebirás y darás a luz. Del fruto de tu vientre se hablará en todo el mundo.” Cuando María nació, Santa Ana fue cuidadosa en mantener a su hija a salvo, para que ella pudiera crecer en santidad y virtud.

En una homilía pronunciada en la fiesta de Santa Ana, el Papa Francisco ofreció esta reflexión: “Cuando yo estaba usando el incienso, me di cuenta de algo muy hermoso: la estatua de Santa Ana no está coronada, pero su hija, María está coronada. Santa Ana es la mujer que preparó a su hija para convertirse en reina, para convertirse en la reina del cielo y de la tierra. Esta mujer hizo un gran trabajo.”

Recordamos la historia de Mayra, la Historia de la esperanza de Plato de Arroz de CRS sobre Honduras. Vemos en la abuela de Mayra algo similar a lo que vislumbramos en Santa Ana: una mujer fuerte, humilde que está comprometida con ver a su nieta tener éxito, incluso si eso significa el trabajo duro e ingrato. Y esta escena no es un caso poco frecuente en todo el mundo.

Esta Cuaresma, ¿cómo podríamos honrar a nuestros padres o cuidadores al honrar a los padres trabajadores que viven en todo el mundo?